

Con esta recompensa, justamente merecida, se han reconocido públicamente los altos méritos de la personalidad de don Virgilio Valenzuela, sobradamente conocida en los medios culturales de nuestra provincia, donde viene desarrollando una intensa actividad tanto en su cargo de delegado provincial de Educación Nacional como en la presidencia del Instituto de Estudios Oscenses, así como al servicio de otras empresas, entre las que destaca su incansable labor para el desarrollo de la Enseñanza Media y Profesional, de cuyo patronato es secretario técnico.

Su historial político brillante, su permanente afán y absoluta dedicación a la tarea docente, su caballerosidad y cordial y su efusivo trato para cuantos le rodean, le han ganado gran popularidad en nuestra provincia a la que se une el afecto invariable de sus colaboradores, entre los que figuramos nosotros, para sentir como propio el galardón otorgado a nuestro Presidente, al cual dedicamos nuestra más entrañable felicitación.—S. B.

Ciclo de conferencias en el Instituto «Ramón y Cajal»

Organizado por la Dirección del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» de Huesca, se celebró en el aula magna de dicho Centro un brillante ciclo de conferencias durante los días 4, 6, 9 y 11 del pasado mes de noviembre. Dichas conferencias fueron presididas por nuestras primeras autoridades civiles y militares, haciendo la presentación de los conferenciantes el Dr. don Miguel Dolç, director del Instituto.

Abrió el ciclo el día 4 el ilustrísimo señor don Eduardo Ossorio Infantes, delegado de Hacienda de la provincia, desarrollando el tema *El envilecimiento del dinero y el crecimiento de la población*. El orador trató de la inflación como efecto del envilecimiento del dinero. Recordó lo que se ha dicho respecto al dinero-papel ejemplar, que es aquel que corresponde a letras sobre mercancías aceptadas. Citó entre las varias clases de inflación la muy grave que opera sobre el papel-moneda y el crédito. Las Haciendas Públicas pueden, cuando se ven con dificultades, recurrir a la inflación. También el dinero se envilece cuando se hace un uso inmoderado del crédito. Varios signos permiten a los economistas identificar la inflación antes de que llegue al público.

Son condiciones precisas para la inflación que haya aumento en

ingresos y en gastos. Aumenta el dinero cuando aumenta la producción en las minas y las exportaciones del país. Esto provoca el enriquecimiento de algunas personas: el exportador, el contratista. Los que ganan dinero lo invierten en producir más o llevan una vida regalada. De cualquier manera que se haga, mejora el nivel de vida de ellos y de otras personas con las que se relacionan. Si aumentan extraordinariamente los ingresos de todo el mundo, el dinero se abarata, es más fácil obtener crédito, baja la tasa de interés, la vida se encarece. Esta visión de la inflación es más bien teórica que práctica. La realidad que se ha operado en todos los Estados modernos es otra. Ocurre que se produce un gran desastre con motivo de la expansión dineril. Unidad de dinero es también unidad de distribución; hace variar la distribución de la renta nacional entre los individuos. El empresario, si disminuye la demanda por escasez de dinero en el mercado, tiene que paralizar la producción; las fábricas se cierran, los comerciantes no venden. Pero los mayores males de la vida moderna los constituye el aumento y disminución de precios: el oscilamiento. Las clases proletarias también se perjudican de la baja de precios, como se benefician de su incremento. Sufren las consecuencias de la deflación; viene el despido de obreros, agitaciones, huelgas, que perjudican el proceso productivo, creándose odios y antagonismos.

Se refiere a la población que se ha querido relacionar con el desajuste económico. La demografía tiene contactos con la economía. La población abandonada a sí misma tiende a duplicarse; por otra parte, los medios de subsistencia son limitados. Esto preocupó ya a los antiguos. La ley de Malthus puede concretarse así: mientras la población crece en progresión geométrica los alimentos no crecen sino en progresión aritmética. Pero hace veinte siglos Cristo condenó la que con el tiempo se llamaría ley de Malthus; no hay que sentir inquietud por el mañana, como no la tienen los lirios del valle ni los pájaros. Los inventos como el vapor, la electricidad y otros han incrementado la producción, y si ésta tiene unos límites, y luego está la ley del rendimiento decreciente en la agricultura, la industria y el comercio, los designios de Dios son por otra parte inescrutables y nadie sabe si entra en sus previsiones el sustento de la humanidad aun en el caso de que se multiplique por mil, por lo que ciertamente sería insigne locura formular profecías pesimistas. El desnivel social existe, pero débese más bien al egoísmo y maldad de los hombres, y tampoco es mayor ni más tétrico que en la época de Malthus.

El conferenciante aclaró sus puntos de vista, totalmente ortodoxos, con variedad de ejemplos, y al final escuchó una cerrada ovación que se prolongó largo rato.

La segunda conferencia, celebrada el día 6, estuvo a cargo del doctor don Antonio Cardesa Remón, Presidente de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja y Otorrinolaringólogo de la Beneficencia Provincial y de la Sanidad Nacional, que versó sobre *Beethoven, víctima generosa*. Empezó haciendo un breve resumen de la biografía del genial músico nacido en Bonn, estudiando cuidadosamente la historia clínica de sus antepasados y de sus familiares, para poder después sacar las oportunas consecuencias sobre los posibles orígenes de su sordera, que durante gran parte de su vida le impidió compartir el don de la palabra y de la comunicación con sus semejantes. Con magnífica documentación, deshace la leyenda de su misantropía, que aún le acompaña, y nos lo presenta a través de su correspondencia familiar y amistosa, como un hombre lleno de generosidad, al que los sufrimientos y angustias de la vida no llegaron a dejar en su alma el sedimento del resentimiento. Especialmente la parte de la conferencia dedicada a la niñez del músico fué magistral.

Se ocupa después de su obra musical y de las repercusiones que su dolencia física pudiera tener en ella. Como un ser dotado del genio, la dolencia no fué obstáculo para que sus mejores obras fuesen compuestas a medida que aquélla se agudizaba. «Su oído espiritual era tan fino como su oído material», añadió el señor Cardesa. Y para corroborar este aserto, tuvimos el placer de escuchar unos discos de sus obras, realizadas cuando su enfermedad hacía estragos en su parte más sensitiva y más necesaria para un compositor. Efectivamente, en ella no se advierte ninguna disonancia, ninguna nota mal puesta. Pasa seguidamente a estudiar la enfermedad de Beethoven a la luz de la medicina y, tras un estudio detallado de su sintomatología, llega a la conclusión de que su dolencia era esclerosis del oído. El señor Cardesa fué explicando con proyecciones anatómicas el defecto físico del gran músico. Al terminar su magnífica conferencia fué premiado con una gran salva de aplausos.

La tercera conferencia, titulada *Lo que he visto en Estados Unidos*, corrió a cargo, el día 9, de don Manuel Cabeza Calahorra, teniente coronel de Ingenieros del Servicio del Estado Mayor. Tras unas palabras de preámbulo, el conferenciante expresó que en su disertación se limitaría a narrar con la máxima sencillez las impresiones reci-

bidas durante su estancia de ocho meses en Norteamérica, en donde asistió a un curso de Estado Mayor en la Academia Militar de New Jersey, dejando de lado posibles controversias y huyendo de lo puramente anecdótico, que muchas veces no refleja la realidad, sino un estado de ánimo personal.

Describe la impresión que le produjo Nueva York y los contrastes casi sin transición que ofrece la ciudad, contando cómo sus calles y avenidas producen una sensación de suciedad, debido al humo de las innumerables fábricas que la rodean. «Diríase que el continuo tráfico de personas y vehículos impiden a los servicios de limpieza cumplir con su cometido». Con pinceladas magníficas se extiende sobre los diversos aspectos de la vida cotidiana de los Estados Unidos; sus servicios de transportes urbanos, sus comercios y almacenes, el régimen de comidas, muchas veces absurdos, que mezclan lo dulce con lo salado, o lo anodino de las bebidas.

Si Nueva York es impresionante por sus colosales magnitudes a lo largo y a lo ancho, no llega a ser grandioso. Para ello le falta—dijo—esa gracia, esa armonía entre las proporciones de una obra, que parece ser patrimonio exclusivo de los europeos; en cambio Washington es todo lo contrario: una auténtica ciudad jardín, donde todos los edificios, sean públicos como privados, poseen su pequeño espacio verde, grato para los ojos y el espíritu. Las manzanas de casas no se agrupan unas con otras en apretado conglomerado, sino que entre ellas existe cierta separación para que la belleza de los paisajes que la circundan pueda ser admirada en todo su esplendor.

Se refiere después a las virtudes características del pueblo norteamericano, que dice son tres: la honradez profesional, la falta de prejuicios sociales y su amor al trabajo. Honradez profesional nacido de un sentido exacto de la más escrupulosa seriedad comercial, que garantiza lo que es bueno, sin engaños de ningún género. La falta de prejuicios sociales choca a veces con nuestro sentido de la urbanidad, hecho de formas sociales manidas. Su cierta brusquedad es debida, sin duda, a una reacción contra el puritanismo británico, que durante años campeó en Estados Unidos hasta que éstos lograron su independencia. De ahí que hayan erigido en la más alta jerarquía de sus valores la democracia, a la que rinden culto en todas las esferas sociales. Su amor al trabajo se manifiesta en el sentido utilitario de las cosas y en su especialización, de la que se muestran orgullosos, pero no con modos ofensivos, sino más bien como un niño grande se envanece y alegra de su juguete caro.

Después toca el tema religioso, diciendo que el catolicismo es en Norteamérica sincero en los que lo practican. Sin embargo, el divorcio es un durísimo obstáculo con el que tropiezan en sus afanes de proselitismo. Alude a continuación a la televisión, fenómeno que está llamado tener una gran transcendencia social en el país del dólar, ya que si por una parte agrupa a la familia, por otra, la poca vigilancia de sus programas hace que sean impropios para niños y adolescentes.

La conferencia del señor Cabezas fué de una extraordinaria amabilidad. Narró con sencillez sus impresiones, cuajadas de estupendas pinceladas y de algunas anécdotas por él vividas. Al final, el público le tributó una calurosa salva de aplausos.

El día 11 cerró el ciclo el ilustrísimo señor don José María de Mesa Fernández, presidente de la Audiencia Provincial, versando sobre *La delincuencia infantil y su tratamiento*. Estudió minuciosamente el orador las causas que origina la delincuencia infantil, que pueden ser de diversos órdenes: ambiental, social y familiar, destacando cómo un ambiente de disgregación en el seno del hogar, en el que los padres tengan antecedentes alcohólicos y carezcan de una sólida formación religiosa y moral, prende con caracteres catastróficos en las mentes infantiles y adolescentes, aún sin plena formación de su conciencia; alude después a los fenómenos sociales causados por las guerras, con sus secuelas de destrucción y hambre, escasez de viviendas, que hacen que se hacinen en espacios reducidos familias enteras, como un factor de máxima importancia. Con gran documentación y conocimiento de la materia cita cifras y datos estadísticos, comparativos de la criminalidad infantil en los diversos países, que acusan el desconsolador balance de un aumento progresivo de la delincuencia infantil.

Estudia después los medios más adecuados para combatir esta plaga, que, dice, deben ser, ante todo, preventivos, fomentando aquellas condiciones de vida material y moral que son necesarias para que aquélla no pueda encontrar el clima adecuado para su proliferación. A continuación profundiza en la influencia del cine y de las lecturas infantiles, en este auge aterrador, y explica cómo una rígida vigilancia se impone, para evitar que su tremenda influencia en las juventudes les haga llevar por sendas equivocadas. A este propósito cita una anécdota sucedida en un cine del Brasil, en el que una película de «gangsters», presenciada por numerosos niños, ocasionó la muerte de cuarenta de éstos, al gritar uno ¡Fuego!, haciendo alusión a un

disparo en una escena del film, que la gente interpretó equivocadamente y dió causa al desastre. Propugna que ante el avance inminente de la televisión, se dicten unas normas para protección del niño, de acuerdo con las que ya fueron acordadas en varias conferencias internacionales y que constituyeron una verdadera «Carta de Derechos de la Infancia».

Al terminar su conferencia, el numeroso y distinguido público le hizo objeto de una gran salva de aplausos.

Siguiendo una costumbre introducida últimamente por el director del Instituto, cada una de estas conferencias fué acompañada de importantes diálogos, en los que intervinieron diversas personas, siendo las preguntas contestadas con precisión y claridad por los oradores.—D.

Sociedad Oscense de Conciertos

Ha iniciado el tercer año de su actuación con la décimotava sesión musical, a cargo del eminente pianista Leopoldo Querol, el día 9 de octubre, con obras de Mozart y Beethoven en la primera parte; de Chopin en la segunda (muy bien interpretada la «gran Polonesa»), y de Aguilar, Bacarisse, Halfter e Infante, en la tercera. Dicción impecable y sonoridad brillante. El mismo artista dió, el día 27 de noviembre, otro recital, dedicado exclusivamente a Federico Chopin, pronunciando antes una breve charla sobre el insigne compositor polaco el que esto escribe. Querol dió una acabada versión del programa, descollando por el fino matizado la sonata obra 35, en «si bemol menor». La conocida marcha fúnebre fué dicha con acentos de subida emoción. La Polonesa en «la bemol» obtuvo en manos del pianista español el brío y la precisión requeridos.

En el mes de noviembre hubo dos audiciones. El día 10 intervino el violinista francés Miquel Philipe Candela; al piano María Canela. Este artista interpreta sobriamente, sin efectismos extemporáneos de «virtuoso», y su arco es preciso y sonoro. La romanza en «fa», de Beethoven, logró justeza. El resto del programa (Tartini, Shuman, Sibelius, Pierné y Paganini) gustó.

El «Koelner Kammerquartett», que tuvo a su cargo la sesión del día 19 de dicho mes, es una agrupación notable. Sus componentes, profesores solistas de renombre, emplean el violín, el cello, la viola corriente, la «da gamba» y el cémbalo. A pesar de la calidad individual, conjuntan admirablemente. Interpretaron un programa variado, de autores de los